



Coslada, a Vallecas, al cinturón industrial, al cinturón de miseria, a los cinturones negros de Madrid se llega atravesando cementerios, remontando el Orinoco de la M-30, entrando y saliendo de pueblos como barriadas estáticas, barriadas como poblachones manchegos, al rock/colza se llega, bajo la lluvia en forma de Destino (el Destino no suele ser mucho más que meteorología), contra la noche dura y grande, bajo un cielo que es un cementerio de automóviles. Madrid baila la danza de la muerte y de la colza, en el cinturón último de su expansión, y el esqueleto del señor obispo tiene una mandolina electrónica en las manos y todos estamos ya electrocutados por un Valdés-Leal o por la colza.

El polideportivo estaba a tope.

## EL ROCK / COLZA

FRANCISCO UMBRAL

### LA MAZURCA DE LA MUERTE

Cela está escribiendo *La mazurca de la muerte*. Tres generaciones post/Cela, en tres automóviles voluntariosos, del emegé al Ford Granada, nos han traído al pueblo, al barrio, a cualquier pueblo, a cualquier barrio, ciudades dormitorio, extensiones escarpadas del planeta con vaga iluminación amarilla, como una bombilla de cocina en el Polo.

Puede ser el gran patio de un colegio, la geometría abandonada del cemento, el sueño sin sueños de mil baloncestistas adolescentes, de cien mil Felicianos a mitad de camino. Pueden ser los sombríos polideportivos, rectángulos inmensos de penumbra con hoguera de focos en una esquina, infinitos espacios ceñudos de multitud (de multitud ceñuda), y los que llegan de Madrid, del centro, con el tocata y el pendiente, y los conjuntos del pueblo.

Se miran, se saludan, se distancian, los indígenas atisban a los profesionales, un cinturón de gemas parpadeantes que habrá que trajelarse en algún sitio para ir como los grandes (Ramón, Suburbano, lo que sea) a pegarse la bronca musical y el triunfo.

Hay un presentador, varios presentadores, comunicados del señor alcalde, noticias caritativas, el que da mil pesetas para enfermos y lo hace saber por el micrófono, hay una cuenta abierta en algún Banco, el festival se balancea, duda, desde antes de empezar, entre el galope ceguerón del rock y la luctuosa verdad de lo que pasa, que hay enfermos, que hay muertos,

que hay delito, todo un friso de momias dadas de alta en el senado menestral del graderío. Se calienta la luz, se centra el tiempo, los macarras se ponen sus collares, los rockeros se pintan sus tatuajes en habitaciones desnudas como celdas, en reductos de cal mal delineada, frente a la soledad sin un espejo, y algún niño que cruza, muy curioso, por ver a los artistas que han venido.

El rock/colza es nuestra eterna danza del fuego, esqueleto electrónico de música, funeral alegrísimo del pobre, el entierro de la sardina bautizada de colza y estraperlo.

### LAS RUTAS DEL ACEITE

No ha explicado el aceite sus venenos, pero es lo mismo. Van y vienen papeles explicatorios, exculpatorios, del laboratorio al Ministerio, del Ministerio a la Presidencia, se certifica un muerto cada día, hasta que sale un elocuente y dice que esto es una plaga bíblica. Pero abrimos la Biblia por cualquier parte, y allí está Sancho Rof, agazapado, entre los traidores y los patriarcas, entre los mercaderes de esclavos y los profetas, vestido de marengo escriturístico. Le han cesado, quizá, cuando termine el festival rock/colza, pero hubo un teledebate muy bonito, por la telestatal, donde la mortandad se redujo al queso en porciones de la estadística y la protesta de la oposición fue leída por el Gobierno como electoralismo, populismo y demagogia. La verdad es

siempre populista, tiene malos modales, y morir es ya una intolerable demagogia.

Mientras tanto el aceite, nudo de víboras, nido de víboras, deslizamiento oleícola, ha extendido sus colas, sus lenguas de anilina, incluso de anilida, y se ha enroscado, heráldica, esculápica, a la copa del vivir de una niña, hasta matarla, o ha ido ofreciendo la manzana del árbol de la ciencia de la Tesis/Antítesis al pobre, porque pruebe, y al pobre ha habido que arrojarlo del Paraíso del Seguro y de la clínica de urgencia, porque no daba síntomas y porque faltan camas y porque esto es lo que pasa con tanta democracia.

Las rutas del aceite son internacionales, se tiran las cosechas de la oliva mientras serpentean los reptiles letales del oro adulterado, verde y rojo, y todos los ofidios danzan ahora, delante del conjunto de rockeros, bajo la lluvia del local cerrado, y cambian de camisa las serpientes, y lo que hay en el suelo, cuando el aplauso enciende los mil focos, es como un rastro de hojas pisadas, camisas de serpiente, piel de muerto, el plástico que arroja el personal la bolsa de las pipas o las patatas fritas de la colza. Aquí muere matando, entre la fusilería de las guitarras, aquel dragón de aceite que fletaron los de la export/import en un puerto con sombrero.

Por las arboledas del Tamarit hay muchos niños de velado rostro. Por las arboledas perdidas de la multitud tangente, hay muchos niños de rostro velado en vida por la muerte.



RAMÓN RODRÍGUEZ

*«Aquí, donde la ciudad pierde su honesto nombre, espalda de los días laborales, hay una protesta contra la protesta, un disparo de música contra el chaleco en piedra del Gobierno. La colza les agrupa, les explica, le dá una épica a su lírica.»*

**EL COLCEÑO** El colceño está ahí, quieto en su graderío, Lázaro entre la gente, resucitado por un médico del Seguro, mirando a través del cristal como de un nicho la juega azul del rock y sus muchachos.

Guerrero, Escudero, Bravo, rockeros de afición, como líneas secantes de música a redondel infecto de Madrid. Quizá, mañana, alguno de ellos será famoso y la gloria le pondrá un pendiente de oro falso en la oreja que antes no se lavaba. Angel Pestaña: «Los errores del Gobierno han provocado las nuevas dudas y angustias por el síndrome tóxico.» El colceño está ahí, viendo y oyendo, alojado en su nicho de silencio:

—¿Y el doctor Muro?

—Con el doctor Muro hicieron una burrada.

—¿De quién es el pecado?

—De la Administración.

—Por qué no acaba esto.

—No se han estudiado los factores asociados en la intoxicación.

La situación de duda que se ha producido recientemente en torno al aceite como elemento causal del síndrome tóxico «ha sido provocada por los errores del Gobierno y por miedo a entrar en el túnel del tiempo que los retrotrajera al principio de la epidemia». El último comunicado ministe-

rial vuelve a cultivar confortablemente el don de la ebriedad, ya cantado por el gran poeta Claudio Rodríguez a otros efectos:

—Ningún aceite auténtico de oliva es tóxico.

Deslumbrante. Esto ya lo sabían los fenicios, sin ser de la ucedé.

Se habla de la creación de una oleoteca tóxica, una especie de lo que fue el Museo de Bebidas de Perico Chicote, comprado por Zoilo/Rumasa a la muerte del amigo de la capa y de Franco, oleoteca donde usted podrá probar toda clase de venenos, como un Médicis con sueldo base.

Se ha constituido la Federación Madrileña de Afectados, y yo no sé si el colceño, que está aquí a mi lado, pertenece ya a esa Federación o no. Hay gente que gusta de ser, el día de mañana, un muerto federado. El rockero del barrio lleva jersey marrón, de pico, como comprado por su madre en Simago, y toca a la guitarra imitando a Víctor Manuel, pero sin aura de la CBS (Cibisi). El rockero peruano lleva chaqueta de plata y lamé, zancos y play-back, y se lo hace melódico dentro de la marcha. Tiene el pelo afro y el ademán indeciso, la voz dulce y el destino inseguro. El rockero extremeño es un cantautor de la revolución, alopécido prematuro y con gafitas, barba de chiva (no de chivo) y un

algo perdido y juvenil de Trotski antes de que le hicieran leña la cabeza. El rockero extremeño es un intelectual de la protesta, que se enrolla políticamente antes y después del tema, hasta que coge la guitarra y dice/recita, sobre un galope de aceituneros altivos, todo lo que le pasa a Extremadura.

Un poeta del barrio me ha dado un cuento ciclostilado que trata de un ángel que baja a la tierra porque quiere conocer Extremadura. El poeta del barrio es moreno, irónico, joven, sonriente, y va muy envuelto en bufandas blancas, en lanas de nudos, domésticas y buenas, para abrigar su rabia, que sólo le sale a ciclostil, porque luego sonríe muy bondadoso.

El colceño, a mi lado, no sé si se divierte, pero se está comiendo un bocata/fritura, con su colceña, olvidados de que pueda ser de colza.

La muerte es ya una pariente pobre.

**EL ROCKERO** El rockero ha llegado de Madrid en un coche grande, americano y antiguo, como los toreros de antes, con todo el personal, el gang, la banda, con todos los tocatas y algo más, e incluso las groupiers de multicentro.

Entre ellas, hay una argentina que habla mucho de Nueva York y me

# EL ROCK/COLZA

explica que con la pirámide de barras que se ha puesto en la cabeza —oro, uranio, metales, cosas, no sé—, se le curan los dolores, se le cura el vientre —iba cinco veces por día—, se le quita la jaqueca, se le difunde una energía mineral, óptica, ontológica, por todo el cuerpo, y eso le da marcha:

—Pero en Nueva York me funcionaba más, porque el suelo es de roca.

Aquí en las landas tristes de la colza se conoce que el suelo es más barato (cosa de las inmobiliarias) y la pirámide no le funciona tanto. El rockero —fuerte, entrado, chato, violento, pacífico, solemne— se pone la pirámide en la cabeza por ver si eso le serena, le da temple y buenas vibraciones para salir al rollo de la colza. Los pelos tiesos le salen por entre las barritas de oro piramidal.

El rockero dice que hay poca tocata, que hay poca marcha, que hay poca mesa (de cambios), el rockero revolté se queja de todo como se quejaba doña María Guerrero cuando iba a estrenar, porque los artistas son los artistas y si no se quejan no son geniales.

Cuando el rockero sale ante el público, se sube al tinglado y saluda, y entonces es la deflagración de los graderíos, el juicio final del entusiasmo, la puesta en pie de la pomada periférica, un alud de campos de baloncesto y polideportivos que se le viene encima al rockero de camiseta negra o chaleco rojo sobre el pecho vagamente Mick Jagger.

El rockero madrileño carraspea, gruñe, saluda, ríe, se queja, parece que está roto y no va a hacer nada, pero de pronto le recoge el calambre de la música en tromba, que viene de detrás de él, y ya con el viento músico de popa, la colza del ritmo le ha agarrado de lleno y hace saltar los astros en su elipse.

Rock, rock, rock...

*Que púberes canforas  
le ofrenden el acanto.*  
Rubén Darío

**LA FAN** La fan o groupier es al rockero lo que la musa al romántico, lo que Eckermann a Goethe, lo que los hermanos de Groucho a Groucho Marx.

La fan/fanáctica va este invierno de pirámide oro/platino, ya lo he dicho, de pelo en coca, como las de la Sección Femenina de los 40/40 (una pasada, se conoce) y toma nota del peinado de la peluca cuando Pilar Primo de Rivera sale por la telehostia, que dice que eso es lo retrocamp a tope, y no los Topolinos, que están vendidos a la cibisi (CBS) o a la que sea:

—¿Sabes que los Topolino están vendidos a la cibisi?

Como se venderá su mitología en cuanto la llamen.

La fan ha encontrado un nuevo motivo de elitismo inverso, una nueva manera de sentirse pomada, exquisitez, marginación y es que los grandes, los famosos, los gloriosos, los que se lo hacían de anarcomarxismo, ya no vienen a estos rollos suburbanos, o sea que están putrefactos, y la fan apuesta ahora por los puros, por los duros, por los que se han quedado en el rock/colza, aunque a veces, cuando más puestos están de rollo afgano y priva, don Mariano Nicolás, gobernador civil de Madrid, manda papela diciendo que se no han cumplido los plazos.

La fan lleva a Snoopy entre las tetas, minifalda de cuero sobre la falda fin de siglo del Rastro, que se sube continuamente, sobre todo cuando se sienta, para mostrar las piernas de diecisiete años, sus piernas de fan, sus muslos de fan, su entrepierna de fan, dentro de un leotardo negro que se completa con unas bermudas rojas.

La fan ya no se realiza ni quiere vivir su vida, como la progre de hace unos años, sino que se da por realizada desde los quince, cuando las primeras experiencias alucinosexuales, y ha encontrado en la periferia su elipse existencial y en la colza su mística social.

*Peregriné mi corazón y traje  
de la sagrada selva la armonía.*  
R. D.

## ADONDE LA CIUDAD PIERDE SU HONESTO NOMBRE

Entre don Miguel de Cervantes y Francisco Candel nos han escrito este ladillo: adonde la ciudad, o sea Madrid, pierde su honesto nombre y es ya barrio del Huevo, calle Najarra, Palomeras Sureste, Coslada, Getafe, tumba militar y fabril de Silverio Lanza, el hombre raro de Ramón.

Hasta aquí, selva sagrada de verteaderos, latas, escombros de la nada o la nada en escombros, peregrina nuestro corazón rockero buscando la armonía entre la música y la colza, mientras los señores obispos de Valdés-Leal le meten marcha al tema:

*Cómete una paraguaya,  
cómete una paraguaya,  
cómete una paraguaya,  
cómete una paraguaya,  
cómete una paraguaya...*

Hacen Solana sin saberlo. Madrid posible e imposible. Capricho español de don Francisco de Goya. «Y cómo le hubiera gustado a la niña oír esta pieza.» Pero la niña está dimitida de la vida, que las mujeres son más tocadas de la colza, por razones hormonales, mientras que Sancho Rof sólo está muerto políticamente, hasta que le hagan portavoz de algo.

Una tarde, una noche, un domingo por la mañana, el rock/colza explica sus razones inexplicables. Decían que el envenenamiento estaba controlado en los trescientos y no podía haber ningún otro caso, retirado el veneno de la pequeña/mediana industria itinerante y sin marca de ganadería. En el momento en que escribo acaban de caer otras dos mujeres, nuevas entre la raza de colceños. Nunca se sabe.

Aquí, donde la ciudad pierde su honesto nombre, espalda de los días laborales, están acollonados con el muermo. Lázaros desvendados de impaciencia van y vienen, inseguros, al Seguro.

## EL REGRESO

Peregriné mi corazón y traje. El regreso, tras unos pinchos con el personal, lo realizamos en los coches grandes, americanos y viejos de los rockeros y los punkies. Hay incluso algún coche alemán —segunda, tercera mano— de esos que la basca compra en Amsterdam, tirados de precio, y lleva luego hasta Africa, sin bajarse, para revenderlos y cobrarlos en petrodólares. El Manhattan carolino de Madrid luce en la noche con los collares fluorescentes caídos a sus pies, como una puta desnuda.

Hay silencio, cansancio, mandarinas que van y vienen, cocacola, chicle, fumata, hermetismo y morfa dentro del coche. Me recuerda un poco las jiras periodísticas con toreros (reporterismo de los sesenta/setenta).

El capa de la Casa de Campo, como el rockero/punk/macarra de Legazpi, es pueblo que ha elegido la tercera vía: ni la integración ni la política. Una protesta desde la protesta, un disparo de música contra el chaleco en piedra del Gobierno. La colza les agrupa, les explica, le da una épica a su lírica. Dice Ossip Mandelstam (prerrevolucionario ruso del vanguardismo estético) que «asusta pensar que nuestra vida es un relato sin fábula ni héroe». La vida tagente del proletariado es un relato sin otra fábula que la escasez ni otro héroe que Ferrer-Salat. El rockero duro del rock/colza ha decidido ser la fábula y el héroe de su propia vida. ■ F. U.